

para lo demás, si en España las mujeres pudieran hacer cosa mejor que ofrecer su mano y pleitear con sus rehacios ó remisos adoradores. El caso este se repitió muchas veces, para que no veamos en la intriga la mano de la listísima doña Andrea. Antes que su hermano las escribiese, forjaba doña Andrea, con arte y sutilidad, novelas vivas y comedias reales.

A últimos de 1565 ó primeros de 1566, la desasosegada é inquieta familia tomaba de nuevo el camino de la corte.

CAPÍTULO VII

VUELTA Á MADRID.—LA MANCHA.—GETINO DE GUZMAN.—EL
MAESTRO LÓPEZ DE HOYOS.—EL DUQUE DE ALBA

Volver de Sevilla á Madrid, aunque se vuelva á los diecinueve años, cuando las esperanzas hinchen el pecho como el aire los pulmones mozos, siempre es volver. Tanto vale decir que es despertar, que es hacerse cargo, caer en la cuenta, desilusionarse. Para Miguel era tornar de la vida gustosa y llena de incitaciones, donde sus ojos tenían á diario pasto nuevo y sus nervios á cada instante inesperada sensación que los estirase, á la monotonía, angostura y tristeza de la naciente corte. Mientras su hermana Luisa se hallaba enclaustrada para siempre, renunciando á la ciencia del mundo para vivir en la soledad, donde, según decía entonces el rey de España, "se enseña sin hablar y se aprende sin oír", y mientras su hermana Andrea cursaba los primeros estudios de la facultad amorosa, en cuya cátedra nacemos y en cuyo aprendizaje no pocos perecen, Miguel llevaba ya hecha buena parte del noviciado en la escuela del vivir. Mal á gusto salía de Sevilla y aunque le contentase, como entonces alegraba á todo hombre despierto, lo inseguro del porvenir, le desagradaba el regreso á la corte fea y triste. Con todo, templábale este enojo la presunción de que en la corte se está más que en parte alguna en potencia propíncua de llegar á todo y su espíritu se había hecho ya tan flexible y capaz, que ni el extremo de la opulencia, ni el horror de la miseria última le espantaban.

Sin que parezca verosímil que á los diecinueve años y des-

pués de pasar dos en Sevilla, tuviese Miguel concepto ni siquiera noción clara de las más de las cosas que veía, sí debe asegurarse que llevaba almacenado un cúmulo de impresiones cien veces superior al que hoy posee cualquier mozo de su edad. Había, además, reflexionado como reflexionan los hijos de padres incapaces, defectuosos ó blandos en el gobierno de su casa: como reflexionan los hermanos de muchachas casaderas y muy cortejadas. Una psicología de baratillo cree y afirma que los diecinueve años no son edad de reflexión. La experiencia acredita lo contrario. A esa edad, el espíritu está nuevo, tiene sed y le sobra tiempo. Luego viene la acción, y la reflexión ha de ser rápida, concisa, formulada entre dos hechos que la atropellan. Por último, sobrevienen los achaques y desmemoramientos de la vejez y ¡adiós reflexión!

Miguel debía de tener entonces unos ojos alegres, pues así los conservaba cuando viejo, pero la alegría de sus ojos y de su alma no empece á la claridad de su visión. Mejor se ve con ojos regocijados que con ojos lúgubres. Los tristes son miopes ó presbitas. Los ojos que ven bien, sólo al ver bien experimentan una satisfacción, y con ella, inconscientemente, ven mejor cada día. ¿Queréis representaros los ojos de Cervantes y aun toda su facha y apostura por aquel tiempo? Id al Museo, mirad el retrato famosísimo del Príncipe D. Carlos que Sánchez Coello, con factura italiana y con italiana intención, dejó pintado. Penetrad bien hasta el fondo ese retrato, cuya contemplación hiela los huesos y luego salid á la calle, á la luz caliente del Mediodía y confrontaos con un mozuelo alegre que por las calles del Retiro va requebrando á un corro de modistas, la risa pronta, la mano larga, el libro bajo el brazo.

Pronta la risa, larga la mano, bailando de curiosidad los ojos, vuelve Miguel con su familia á Madrid: maleta no tiene, pero en las faltriqueras lleva lo que ha menester. ¿Sabéis lo que es? Un *Amadís de Gaula* y una *Diana* de Jorge de Montemayor; ¿supondréis temerariamente si os imagináis que entre las hojas de estos dos libros no hay pedazos de papel escriborreados de versos y ennoblecidos por tales ó cuales declaraciones amorosas donde

los viejos conceptos de Platón aparecen alambicados en señoriles endecasílabos de acentuación imperativa y dura?

Miguel sigue otra vez el curso del olivífero Betis, quizás pasa por Córdoba, de seguro se espacia en la contemplación de la misteriosa Sierra Morena, cuyos dientes taján en dos pedazos dis tintos y aun opuestos la vida espiritual de España. La llanura manchega se ofrece de nuevo á sus ojos, surcada por las reatas de la arriería, labrada por las yuntas, musicada por el cantar lento de los gañanes que roturan, binan y tercián sus bancales y por el campanilleo de las mulas. La gañanada, canto largo de moriscas cadencias que acompaña al labriego besana adelante resuena halagadora, medio poética, medio prosáica, como la vida, en los oídos de Miguel. Es una añeja cantinela de este lado de los olivos en la que se ve una punta de odio contra la corruptora Andalucía.

“La niña-á
que vino de Sevilla-á
y trujo-ó
un delantal de lujo-ó
y ahora-á
porque se le ha rompido-ó
la niña llorá.” (1)

De los barbechos de trigo y cebada se pasa á las tierras donde el aurífero azafrán se cosecha. En medio de la llanura, impertérritos ó trepando en fila amenazadora por la pendiente de un gollizo, los molinos de viento aparecen, rechonchos y achaparrados los cuerpos, rebeldes é inquietos los brazos de loco; la boca, que es la puerta, de par en par, los ojos, que son las ventanas, avizores é insultantes. A ellos se encaminan otras reatas de arrieros y de mozos y mozas, aquéllos andando, éstas á sentadillas en las ancas del burro, el cual, si va mohino, volverá rucio con el espolvoreo de la harina, que emblanquinará los cabellos de las muchachas. También el molino canta, pero no la gañanada grave y honda, sino la seguidilla liviana y loquesca, en versicos fáciles, picardeados de imágenes lascivas referentes á la tolva, al picado

(1) Véase la música al final de este libro.

de las piedras y á otras palabras y usos de la maquila, donde hormiguean las metáforas de cazurra intención. Un estribillo panaderil desgarrá el aire con lascivo ritmo de zaranda:

Cuatro panaderos
entran en tu casa,
que el uno lo cierne,
que el otro lo amasa,
que el otro lo coge y
lo mete en el horno
que el otro lo saca...
y yo me lo como,
mi bieeen... (1)

La dilatada estepa, que desierta pareció á Miguel, y por desierta muy al caso para una lucha de gigantes y poemáticos campeones, se halla poblada por una vida menudita, picante, maliciosa, que reluce en los ojillos de los enharinados molineros, de los sudientos gañanes, de las andariegas mozas, de los arrieros ladinos y hasta en el meneo garboso y femenino de las ancas de las mulas y en la cómica tiesura de las asnales orejas. Miguel contempla, con jovial atención, los molinos de viento, que gigantes le parecían, y sale de su cavilosidad y suspensión aparentes soltando una extemporánea y sonora carcajada, prima hermana de las que le arrancó en Sevilla su admirado Lope de Rueda, contrahaciendo el rufián cobarde y dejándose pegar por su óslo unos pasagonzalos en las narices.

Esta risa de Miguel ante los molinos es su primera creación, quizás de todas la más grande: los ojos, rebosantes de alegría, ven ya claro. El que vuelve de Sevilla, por muy mozo que sea, si no es un bausán, se hace cargo, después que Miguel, quien nos lo ha enseñado á todos, de que el mundo entero es un molino de viento al cual muchos toman por gigante, y sólo tardan en ser hombres de veras el tiempo empleado en volver de su error. Miguel mira el ancho desierto de la Mancha, ve la mansedumbre de la tierra, entra en los pueblos cercados de tapias terrosas, con bardales de tobas y de cambroneras, que al sol se tornan de verdes

(1) Véase la música al final de este libro.

en cárdenas. Apoyados en las paredes toman el sol los hidalgos macilentos, á cuyos pies lebreles barcinos, no más flacos que sus dueños, se acurrucan bostezando. Apenas hay aldea sin convento ó casa de religión; apenas hay morada grande sin cuatro ó seis ó veinte cuerpos de libros que tratan de cosas nunca vistas, de estupendas y ensoñadas aventuras. En la sacristía ergotizan dos estudiantes hambreados, que piensan oponerse á una capellanía ó á un beneficio de diez maravedís diarios, como dos canes á una taba seca y sin tuétano. En la plaza, los muchachos pasan mañana y tarde apuntando al cielo con la vara de derribar vencejos ó cernicalos. En los escalones del rollo, el tonto del pueblo deja sosegadamente que las moscas le paseen á todo su beneplácito la cara mocosa y babosa, mientras alguien pasa propicio á darle un cantero de pan á cambio de cualquier simpleza cruel y divertida. El barbero tiene cátedra abierta todo el día, á ratos desollando á sus convecinos ó arrancándoles las muelas, ó abriéndoles una fuente por donde mane la podrición heredada ó adquirida; á ratos punteando la vihuela, otras veces comentando la bajada del turco, inagotable y principal cavilación de todos los habladores. A la tertulia barberil no falta un soldado viejo, á quien mancaron en Cerinola, según él, en la taberna de Alcocer, según otros, ni un soldado nuevo que asomó las narices á Cartagena, vió las galeras cargadas de gente de armas, y estimando que no era de importancia su ayuda allí, donde acudía tan buena tropa, dió la vuelta al pueblo, coronado de bizarras plumas, vendiendo vidas y espurriando reniegos.

Miguel ve todo esto, nota, recoge, guarda, sin pensar que pueda aquel gusto y curiosidad suya servirle de algo, pasado el tiempo. El camino amaestra, el camino adoctrina y agudece. ¡Bien haya el camino!

Llega la familia á Madrid. Doña Elvira de Cortinas, madre de Doña Leonor y abuela de Miguel, se hallaba en grave trance de muerte. Doña Elvira murió. Nada sabemos de esta señora, sino que dejó herencia que recoger. Pero entonces se llamaba herencia á cualquier cosa. Como el testamento se hacía más por el alma que por los bienes, heredaba todo el mundo y todo el mun-

do andaba pobre después de heredado. Así ocurrió á los Cervantes, quienes, llegados á Madrid necesitan vender uno de los pocos y magros bienes que tenían: una viñica de quinientas tristes cepas en el término de Arganda, por la cual les dió el vecino Andrés Rendero siete mil quinientos maravedises, que hoy decimos doscientos veinte reales y unos *mais*. Con estos dineros se estableció en Madrid la familia.

En dos ó tres años, Madrid había cambiado mucho. Madrileños y residentes en la corte iban habituándose á la idea de que la estancia regia había de ser definitiva. El concejo, con el aumento de población y el poco ó ningún cuidado que se tomaba en mejorar la villa, andaba bien de dineros á temporadas y podía permitirse lujo y ostentación en fiestas y funciones ya que no en cosas de provecho. Pero lo que más variaba el carácter y aspecto de la villa era el ambiente moral que en ella venía formándose, la murmuración y el chichisbeo constante que salían del Palacio real ó de las salas del Consejo de Castilla ó de los confesonarios y locutorios é iban desparramándose por mentideros y juntas de gente ociosa, abultándose en los patios de los mesones, encogiéndose para entrar en las casas particulares. Las desazones que á Felipe II le daba su hijo, el príncipe D. Carlos, transcendían pronto á la calle. Como el príncipe era endeble y estaba lleno de cicatrices en la frente y en los ojos, causadas por las operaciones que fué menester hacerle en Alcalá cuando rodó la escalera de Tenorio persiguiendo á la joven doña Mariana de Garcetas, á quien metieron después monja en el convento de San Juan de la Penitencia, la gente, que no amaba al príncipe, decía de él:—
—Está señalado; no puede ser bueno.—Un día, el gracioso representante Alonso Cisneros, se ufanó ante nutrido concurso de haber sido él causa para que el príncipe amenazase con un puñal al presidente del Consejo D. Diego de Espinosa. Otro día se dijo, que D. Carlos y su tío natural, D. Juan de Austria, habían metido mano á las espadas en un aposento del palacio, y fué menester que los cortesanos les desarmasen. Susurrábanse también desazones y malestares de la hermosa y garrida reina doña Isabel de Francia, motivados por la ardiente y enamoradiza con-

dición de su marido, tan callada por los historiadores como sabida por el pueblo, quien veía renacer en Felipe II la leyenda de misterio amoroso con que los romancistas habían poetizado ya la historia de D. Pedro de Castilla.

De todas estas y de otras muchas cosas sabía Miguel, no sólo por sí mismo, sino por los conocimientos y amistades de su familia. Frecuentaba su casa un Alonso Getino de Guzmán, alguacil de la villa, hombre de treinta y tantos años, de buenas partes y de sutil ingenio. En tal opinión era tenido por los señores del ayuntamiento, quienes le encargaban, confiados, todo el barullo y máquina de arcos, colgaduras, iluminaciones y demás muestras de público regocijo que entonces se daban por cualquier ocasión ó pretexto.

Getino de Guzmán era un buen amigo de la familia y, sin duda, estimó grandemente el ingenio de Miguel, sus salados prontos y la soltura con que versificaba. No era entonces el levantar un arco ó poner una colgadura, mera faena de carpintero y tapicero, sino que para ello se necesitaban singulares dotes retóricas, gran conocimiento de la mitología pagana y todo lo demás concerniente á la elaboración de simbólicas cartelas y de alegóricos figurones, en cuya consideración pasaban los cortesanos horas y horas y los poetas y críticos tenían pie para burlas y sátiras. Probable es que Miguel compusiera algunos de los versos que adornaron los arcos alzados en 1567 por el feliz alumbramiento de la Reina; casi seguro que acompañó á Getino de Guzmán, su buen amigo, en todo el atareo de holgorios y diversiones oficiales con que andaba siempre afaenado.

Miguel iba de día en día creciendo en ingenio y fertilidad de pensamiento y palabra. Asistía al estudio de la villa, donde recibió primeramente las lecciones del licenciado Francisco del Bayo, quien por 25.000 maravedís de sueldo y dos reales mensuales que pagaban los alumnos pudientes, leía gramática. Hacían la contra al estudio de la villa los teatinos, quienes intentaron llevarse los 25.000 maravedís y enseñar gratis; pero la villa acordó sacar á oposición la plaza, y en ella fué proveído, tras cuatro días de lecciones y argumentos el maestro Juan López de Hoyos, protegido

del omnipotente D. Diego de Espinosa y varón de gran prudencia y de singular doctrina.

Las relaciones cortesanas, por López de Hoyos escritas, no nos permiten imaginarnos su figura y persona, en realidad, como algo distinto de lo que entonces solían ser los maestros y preceptores de gramática, y, sin embargo, veneramos y reverenciamos á este maestro con harta razón, pues sabemos que fué la suya una vida clara y provechosa, y nos conmueve y nos lleva á alabar su memoria el hecho de haber sido él quizá, después del avisado alguacil Getino de Guzmán, el primero en calar y conocer lo que de Miguel podía esperarse; y, en medio de la ingratitud y del despego con que tantos hombres, al parecer ilustres, abrumaron á Cervantes, vibran conmovedoras y dulces en nuestros oídos aquellas palabras del venerable clérigo de San Andrés á Miguel referentes: *mi caro y amado discípulo*. Poco amaré á Cervantes, quien no ame al maestro López de Hoyos y no sienta un escalofrío de gratitud y de filial afecto, al recordar esos dos bienhechores y elocuentes adjetivos *¡Mi caro y amado discípulo!* ¿Qué honor más grande que éste podía soñar el honrado maestro, como premio á su vida laboriosa?

Era entonces la clase de Gramática lo que hoy se llama en todos los planes de estudios *composición*. No iban los alumnos tan sólo á escuchar inconscientes la lectura y á repetir la lección con mecánico sonsonete. Componían todos, cuál en prosa, cuál en verso, temas que el maestro señalaba. Ninguno en aquel tiempo lo hizo mejor que Cervantes. Oyéndole hablar, leyendo sus versos primerizos, Juan López de Hoyos sentía la santa complacencia del maestro á quien sus discípulos honran en vida y prometen gloria después de la muerte.

Miguel adquiría poco á poco, en esa edad perturbadora de los veinte años, lo que más necesita el hombre, la conciencia de su propio valer, que desde entonces no le abandonó jamás, ni en medio de las mayores tristuras y adversidades. Así, desde muchacho, crió la serenidad y altura de pensamiento, la clareza y precisión de palabra que habían de salvarle la vida y hacerle admiración de los siglos.

Un día Miguel, saliendo del estudio, vió subir la Cuesta de la Vega un tropel de caballeros, bizarramente engalanados. En medio de ellos, bajo un sombrero con pocas, pero muy ricas plumas, unos ojos acerados, cortaban el aire con su mirar. Miguel, creyó releer en aquella mirada infinitas cosas que había leído en libros y poemas; pero ¡qué diferencia del poema escrito y enterrado ó embalsamado en las páginas del libro, al poema que aquel mirar trazó en los campos de batalla! Presentáronse al azorado espíritu de Miguel, en dos pasos de terreno, las dos sendas que á la gloria conducían. Volvió la cabeza al viejo caserón del Estudio de la villa, miró después con ojos abrasados de curiosidad á los gallardos caballeros que trotaban ya por la calle Mayor. Miguel quedó sumido en una meditación grata y penosa al par. El señor de los acerados ojos salía de Palacio, donde se había despedido é iba camino de Flandes. Era el duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo.